

Más allá de la realidad: provincia perdida

Claudia Guillén

La obra de Héctor Aguilar Camín es sólida en su conjunto. Sus diferentes oficios lo han llevado a transitar por temas que encuentran su punto de partida en la observación de las conductas humanas dentro del contexto social. El periodista, historiador y narrador ha reflexionado sobre diversos asuntos que competen a la política nacional. Sin embargo, su vocación por la literatura se ha ido desenvolviendo a la par de sus labores cotidianas; es decir, en el terreno de las letras, Aguilar Camín echa mano de sus conocimientos históricos y personales para construir los mundos cargados de pasión que integran tanto sus novelas como sus cuentos.

Ya desde su libro *Morir en el Golfo* podíamos observar cómo la experiencia histórica, periodística y literaria del autor se entrelazaron para dar un panorama del México contemporáneo, a través del líder petrolero Lázaro Cárdenas, quien no duda en trastocar todos los órdenes éticos para lograr sus cometidos. Es quizás en este libro donde se empieza a dibujar el interés de Aguilar Camín por retratar los elementos oscuros de la conducta humana y los vericuetos del poder. En esta misma tónica, entregó *La guerra de Galia*, novela que narra a cabalidad la lógica política del México de principios de los setenta. En ella traza el retrato del poder en voz del personaje Galio Bermúdez, y construye a su narrador, Carlos García Vigil, como un observador inteligente e interesado en los hechos que sacudieron a nuestro país durante las guerrillas y la persecución que el Estado desencadenó para suprimirlas.

Asimismo, Héctor Aguilar Camín ha abrevado en la condición del hombre como un ser vulnerable y atormentado por sus propias carencias, como lo podemos advertir en sus novelas *El error de la luna* y *Las mujeres de Adriana*, donde el autor no se deslinda

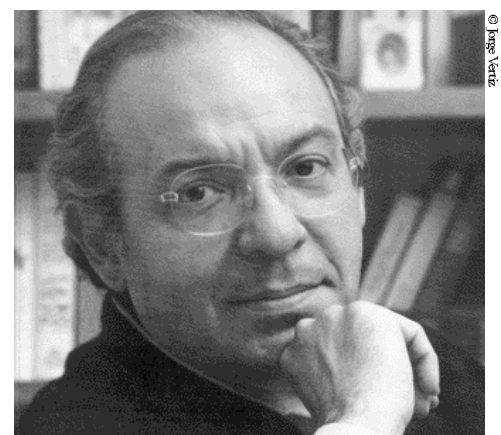
de su mirada certera para retratar conflictos, pero ahora se interna en los que aturden el alma humana: las pasiones y el amor no correspondido, o correspondido a medias. *Historias conversadas* resulta un libro entrañable en cuanto a su tono y forma, ya que en él encontramos diversos relatos que nos remiten al pasado, tanto del narrador, como de sus lectores.

La suma de todas estas experiencias literarias ha servido para que el autor continúe con una búsqueda que quizá nunca termine. Es decir, Aguilar Camín desde sus primeras obras fue construyendo estructuras y formas de narrar que, al mezclarse, encontraron, en cada caso, nuevas voces, intensas y penetrantes, casi exclusivamente abocadas al realismo. No obstante, su última novela, *La provincia perdida* es una suerte de glosa de las expectativas del autor con respecto al descubrimiento de nuevos caminos para narrar. O lo que es lo mismo: la mencionada búsqueda constante de sus libros anteriores es, quizá, la que lo llevó en esta nueva obra a dar el salto del realismo a un realismo matizado por la magia, lo onírico y las mitologías propias de los pueblos latinoamericanos. En la narración se percibe la necesidad del escritor por transitar nuevas rutas, caminos que lo lleven a descubrir otros mundos, ya narrados por algunos, pero nunca por él.

El eje temático de *La provincia perdida* es, en un principio, el del enfrentamiento entre la modernidad de una República también perdida, que intenta incrustarse en las arraigadas tradiciones de los habitantes de Malpaso. En ese sentido, la novela se halla en un marco atemporal. Lo que quiero decir es que tanto la encomienda del protagonista —consolidar la República en esa “provincia perdida”—, como los conflictos que se plantean para llevarla a cabo, pueden

ubicarse en cualquiera de los siglos posteriores a la Conquista, más allá de que el autor la sitúa en el México contemporáneo. Aguilar Camín se vale de la estructura epistolar para que el protagonista, Avilán, a lo largo de las cuarenta y cinco cartas que escribe a su Excelencia, nos adentre a detalle en ese mundo convulso y mágico que se va despejando al pasar de los días. El enfrentamiento de ambos universos se plantea a partir de dos personajes que son cada uno líderes en su causa: Pastor Lozano, quien se convirtió en el aliado y tirano de la República traicionando a los “suyos”, y a su hermano Anselmo Yecapixtle, quien encarna el emblema del pueblo rebelde que se niega al sometimiento que trata de imponerle la República, con la Iglesia como aliado: una Iglesia totalmente intolerante a las creencias de los pobladores de Malpaso y apegada a los intereses del poder político. Se trata, pues, del ente que asume la catequización de los indios como una forma de alianza con el Estado, intentando dejar atrás las tradiciones de los huitzils, que conforman parte de su naturaleza fundamental.

Yecapixtle, además, es el padre de “las dos virgílicas”, Bernarda y Cahuantzi, quienes ayudan a Avilán a transitar ese pequeño



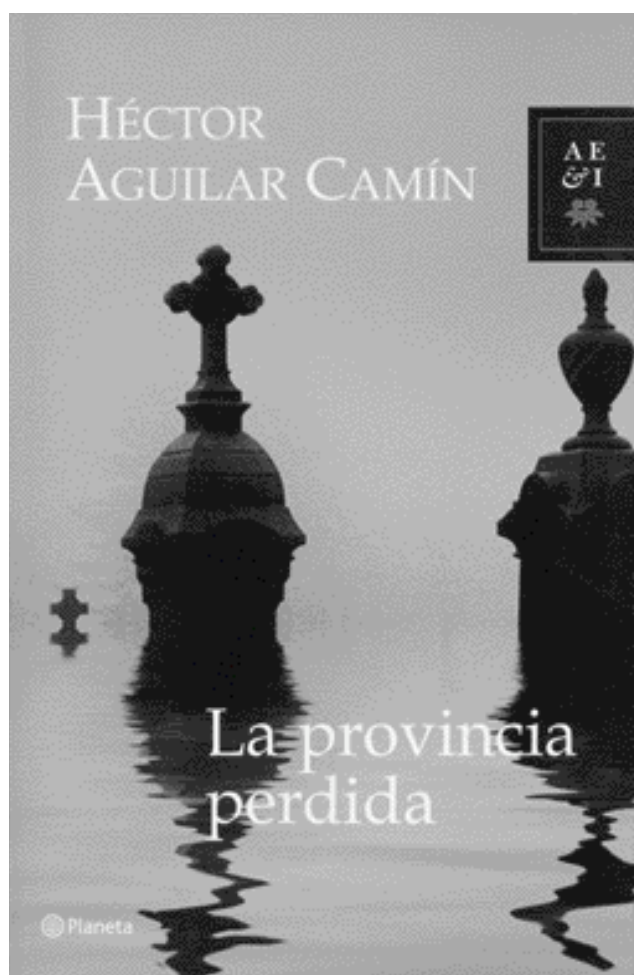
Héctor Aguilar Camín

infierno en el que los hermanos han convertido el pueblo. Estas dos mujeres representan a su vez las dos caras de la moneda, como lo ha hecho en su padre y su tío, aunque, a diferencia de ellos, son dadoras de placer mediante sus propios artificios, y el sotol funciona como una suerte de pócima mágica que les permite el tránsito por otras realidades. A saber, el alcohol, el láudano y el opio son los detonadores de los que se vale el autor para trastocar los sentidos de sus personajes y así llevar al protagonista al mundo de lo onírico, de lo irreal, de los muertos. La cosmogonía de los indios huitzis está repleta de sus propios espíritus, que parecen deambular por el pueblo con toda naturalidad para convivir con los vivos, y tal vez revelarles sus secretos.

Con un manejo del lenguaje que permite recrear atmósferas abiertas y generosas, así como espacios cerrados y opresivos, Aguilar Camín plantea varios conflictos durante el desarrollo de la trama que se presenta en un plano temporal lineal. Destaca la aparente facilidad del autor para llevar a cabo una descripción pormenorizada de los paisajes y de la alteración de los sentidos, ya sea en los “vivos” o en quienes habitan otros mundos. Gracias a ello logra invocar los sueños más inusitados, así como las conductas atípicas en las que suele caer Avilán desde un principio, inmerso en los vapores del sotol, conductas que adopta con naturalidad conforme se va integrando a su propia realidad y su desencanto.

La lucha de la República se torna compleja, porque no se trata de matar a un pueblo sino de transformarlo y hacerlo olvidar su pasado, que es su única certeza para habitar el presente. Las fantasías, la tradición y la cultura de los huitzis están sustentadas en sus propios mitos, a los que se han aferrado a través del tiempo, y ninguna idea, por más modernizadora que parezca, es capaz de remplazar esa certidumbre que han alcanzado de la vida y de la muerte.

Pero el pueblo de Malpaso también es sojuzgado por sus propios líderes huitzis,



pues no hay mejor manera de conservar el poder que hacer sentir al débil su fragilidad ante el fuerte, y esta filosofía es aplicada también por los rebeldes para con su propia gente. De nuevo el enfrentamiento como eje central de la trama. Y esta vez se da entre quienes al principio parecían las víctimas de las atrocidades de “la modernidad”. Es decir: cualquier esperanza de cambio se pierde cuando aparecen el radicalismo y la imposición como únicas forma de entendimiento al interior de uno u otro bando, pues los condenan a desaparecer.

La elección de un protagonista que evoluciona de testigo a partícipe de los hechos que narra, traidor y héroe fundador, es un acierto que hay que mencionar en *La provincia perdida*. Avilán llega a Malpaso cargado de esperanza por la encomienda que le ha sido dada por la República. Sin embargo, al pasar las páginas este personaje poco a poco se adapta a las circunstancias. Primero es tan sólo un observador, sin palabras, más que para su Excelencia. Posteriormente se despierta en él una voz interior que lo lleva a un estado de confusión y, con el paso del

tiempo, esa voz se trastoca, convirtiéndose en una conciencia clara que le permite ver ambas realidades tal como son. El desencanto del personaje es similar al que sufrimos los lectores al darnos cuenta de que no hay manera de cambiar las cosas, si no hay víctimas de por medio. No se trata, pues, de una lucha entre el bien y el mal como dos fuerzas opuestas, sino de una realidad perturbadora que nos hace sentir que ni modernidad ni tradición representan el ideal del hombre; quizás, y si es que este ideal existe, habría que buscarlo en una sociedad que trate de satisfacer las necesidades de todos sus habitantes. No sólo en la novela, sino en la vida, aunque parezca imposible.

Así, el enfrentamiento, ya sea amoroso, de conciencia, de pasiones oscuras, o el de algún personaje consigo mismo —como es el caso del protagonista, o de los líderes tanto de un bando como de otro, que transforman sus ideales sin saber cuándo ni por qué— se yergue como la columna vertebral de este relato, y también como sus ramificaciones nerviosas. Gracias a él, a la precisión de su lenguaje y a la densidad de las atmósferas que envuelven a cada una de las escenas, el autor establece varios niveles de tensión, no sólo desde el inicio hasta el final, sino también en los pequeños relatos particulares que conforman su novela.

Con *La provincia perdida*, Héctor Aguilar Camín no sólo se arriesga, sino que consigue su objetivo. Deja a un lado el ámbito seguro —seguro para él, debido a sus experiencias anteriores— de la narrativa realista, y se interna en lo desconocido para trazar episodios más cercanos a la fantasía, los mundos etílicos y oníricos, en la búsqueda de una mitología particular. Esta necesidad de hurgar en otros espacios y estructuras nos confirma que el autor no cesa de renovarse, pisando con paso firme en el movedizo terreno de lo incierto para mostrarnos que, más allá del desencanto de lo ajeno, podremos encontrar, en éste y sus futuros libros, pequeños universos literarios donde el lector verá cumplidas sus expectativas a cabalidad. **U**